

El pastor de las estrellas

Aglaya Loto

El pastor de las estrellas

-Aglaya Loto-

Capítulo 1

Capítulo 1. Andares de elefante – Parte 1

Recuerdo como si fuera ayer el día que lo vi por primera vez.

Volvía a casa del colegio. Con la cartera bien colocada sobre los hombros, sin rasguños, sin agujeros en los pantalones. Las mangas perfectamente arremangadas, y todos y cada uno de los botones de la camisa verde, en su sitio. Y, sobre un tierno rostro de doce años, una terrorífica expresión adulta, adulta y cansada.

Mi abuelo seguramente hubiera dicho que lo terrorífico no era, en realidad, mi expresión. Sino mis andares.

Él siempre conocía a las personas por su manera de andar. Decía: - *el cómo vamos, dice mucho sobre el dónde vamos*. Yo me reía mucho, porque poníamos nombre a todas las maneras de andar -*¡Mira! ¡Por allí viene la oca de tu madre!* Él estaba muy orgulloso de mi madre porque anduviera como una oca. Decía que las ocas tienen claro a donde van.

Esa época, la época de la terrorífica expresión adulta y cansada sobre el rostro de doce años, es la época de los andares de elefante.

Pues, como te iba contando, ese día volvía del colegio con mi camisa verde bien abotonada y arremangada, pantalones lisos, zapatos impolutos, expresión adulta y cansada, y a paso de elefante, cuando, al final de la manzana, justo en la esquina del cruce que lleva a mi casa, lo vi por primera vez.

Siento decepcionarte, sé que sería muy divertido seguir esta historia diciendo que lo que vi fue un payaso haciendo el pino, o un perro en bicicleta. Pero no. Era sólo un niño.

Vestía unos vaqueros azules y camisa de lino blanca, el pelo alborotado y, en general, algo desaliñado, pero agradable. No llevaba ni gorra, ni cartera del colegio, ni pelota. Y estaba allí, plantado, con los pies ligeramente desviados hacia fuera, mirándome como si me esperara... Como cuando quedas con algún amigo en el Viejo Oeste, llegas veinte minutos antes, te mentalizas a esperar largo rato, y, de repente, lo ves aparecer mucho antes de lo que esperabas. Así me miraba.

El Viejo Oeste era un parque de mi urbanización. Bueno, en realidad, era mucho más, o mucho menos, que eso... El Viejo Oeste era un descampado que no tenía nada a parte de malas hierbas, tuberías oxidadas, antiguos muebles abandonados, un árbol gigantesco, y unas cuantas moreras descontroladas, los adultos lo llamaban el vertedero. Pero, para nosotros,

los niños, era como un folio en blanco que invita a volar a la imaginación, y lo convertimos en un escenario de juego eterno.

La primera vez que mis amigos y yo fuimos al Viejo Oeste fue buscando al gato desaparecido, o uno que se le pareciera, de la señora Giménez con G (así la llamaba todo el mundo). Después de días, cuando lo encontramos, aunque en el fondo todos sabemos que en realidad lo que encontramos fue uno que se le pareciera, decidimos invadir las tierras. Y justo ese verano, por algún motivo que no recuerdo, estábamos todos obsesionados con los juegos de vaqueros.

También íbamos a jugar a la piscina municipal, y a las casas de Pablo, que era el único de nuestros amigos que tenía dos casas.

Los padres de Pablo no vivían juntos, y él vivía quince días en casa de su madre, y otros quince en la de su padre. Y cada vez que mi amigo se trasladaba a la acera de enfrente, su padre o madre le habían comprado algo nuevo. Por lo tanto, cada quince días, íbamos todos como borregos a envidiar a Pablo por su nueva colchoneta elástica, su gran piscina, su aún más gran piscina, su anterior ya no tan gran piscina pero con trampolín...

Pero, donde mejor lo pasábamos, sin duda, era en el Viejo Oeste.

Pues, como te iba diciendo, y perdona si me enrollo un poco, pero es que esto era importante... el niño con la camisa de lino blanca me miraba como si me esperara y me hubiera visto antes de tiempo, y, por algún motivo que intentaría comprender durante los próximos días, llamó soberanamente mi atención.

Pero yo seguí andando hacia adelante con mi expresión adulta. Y, al pasar por su lado, fingí la más total indiferencia, giré hacia la izquierda con mi paso de elefante, y seguí recto por mi calle, imitando el gesto con el brazo izquierdo que siempre hacía mi padre para colocarse bien el reloj.

Pero, antes de seguir con esta historia, permíteme explicarte que yo no anduve siempre con andares de elefante.

Capítulo 2

Capítulo 2. Andares de pingüino

Otra de las cosas que siempre decía mi abuelo es que, a pesar de las diferentes maneras de andar que tienen los adultos, todos empezamos con los andares de pingüino.

Yo no recuerdo mucho mi época de andares de pingüino, solo retengo imágenes inconexas; mi madre riendo sin cesar por algo que yo había hecho, su relajante voz por las noches pronunciando palabras que por aquel entonces no tenían ningún sentido, los paseos sobre el regazo de mi abuela, y ella sobre su silla de ruedas, e imágenes de mi padre que recuerdo más bien como fotografías congeladas.

Una vez, años más tarde, le pregunté al abuelo qué andares tenía mi padre, pues yo no lo sabía, nunca había estado con él el tiempo suficiente como para verlo andar. Y él me respondió que mi padre era un saltamontes, y que los saltamontes no andan...ahora lo ves, ahora no lo ves, ¡saltan!

Mi padre viajaba mucho por motivos de trabajo, o eso creo, y cuando estaba en casa, siempre estaba en su sillón de piel marrón con un vaso medio lleno de algo que parecía agua pero que en realidad no lo era. Cualquiera día, a cualquier hora, podías verlo en su sillón de piel marrón, pero con la misma probabilidad podías no verlo, incluso durante días.

-Sí...es sin duda un saltamontes...-respondí-

En mi época de andares de pingüino yo aún no conocía a mi abuelo Simón.

Mi abuela me explicaba que ellos habían decidido vender la casa del valle para vivir con nosotros, y que el abuelo vendría cuando encontrara a alguien que cuidara bien de sus ovejas.

Sí, recuerdo un día de esa época... el tercer cumpleaños de mi amigo Santi. Santi y yo somos amigos desde que nacimos, nos llevamos diez días, yo soy el mayor.

Recuerdo un gran salón con muchas personas, y de repente a Santi con un señor y una señora...y mi madre diciéndome:

-Mira, cariño, estos son la abuela y el abuelo de Santi...

- ...¿?

-Pero, ¿Dónde están tus ruedas? –dije mirando a su abuela

-¿Y, con quien ha dejado a sus ovejas? – pregunté a mi madre, señalando a su abuelo

Los pingüinos son así, no saben nada del mundo ni de la vida, aún tienen mucho que aprender, ¡tanto que todo! Y yo, cuando era uno, pensaba que todas las abuelas tenían cuatro ruedas, que todos los abuelos vivían cuidando a sus ovejas, que todas las madres eran cariñosas y contaban cuentos, que todos los padres eran saltamontes que siempre estaban cansados y tenían sed, que todas las casas tenían jardín, y que todas las heridas y enfermedades se curaban con besos y manzanilla.

Y... ¡jaj! ¡Pensaba que todos los cuentos eran como los de mi madre!

Ella se inventaba los cuentos mientras los explicaba, y lo divertido era que siempre te dejaba escoger detalles y/o diferentes caminos a seguir. Por ejemplo, si me explicaba que un niño se había perdido en el bosque, decía: *-Y se encontró con un...con un... ¿lobo? ¿Búho? ...¡dime!* -y yo respondía entre risas: *-¡Con Doraemon!*- Y ella seguía la historia con ese personaje de dibujos animados que yo había introducido.

¡Y ya puedes imaginar qué tipo de historias resultaban!

Porque otra cosa típica de los pingüinos es que no tienen sentido de la lógica.

Una vez mi padre le dijo a mi madre que no me metiera más pájaros en la cabeza. ¡Y ya te puedes imaginar el disgusto que acarreeé durante meses!

Y era normal que lo creyera, pues aún me quedaba tanto que aprender...y en ese momento, si era posible que mi madre tuviera una niña dentro de la barriga, ¿por qué no iba a ser posible que yo tuviera pájaros dentro de la cabeza?

Capítulo 3

Capítulo 3. Andares de cervatillo – Parte 1

Cuando mi hermana nació, yo ya contaba cinco años.

Y cuando mi hermana inició los universales primeros andares de pingüino, yo ya brincaba como un cervatillo.

Si hubiera visto al niño con la camisa de lino blanca por primera vez en esta época, el principio de esta historia hubiera sido algo así:

Volvía a casa del colegio. Con la cartera medio abierta, mitad colgada de un hombro, mitad barriendo el suelo de la calle. Repleta la piel de cardenales y rasguños, algunos nuevos, y otros reincidentes que se manifestaban por su derecho a no terminar de cicatrizar nunca. Camisa de manga corta de diez botones, con tres. Y los pantalones, irreparables. Y, sobre un tierno rostros de siete años, una arrebatadora expresión de inocencia feliz y despreocupada. Atravesaba la calle con mi ligero andar de cervatillo y seguido por mi abuelo cuando, al final de la manzana, justo en la esquina del cruce que lleva a mi casa, lo vi por primera vez.

Pero para entonces, otras cosas debían de sucederme antes de verlo por primera vez.

Los primeros meses de vida de mi hermana, fueron los peores meses de mi vida.

Solo una cosa importaba en el mundo, solo una; el bebé.

La tierna voz de mi madre por las noches pronunciado palabras que ya empezaban a tener sentido se interrumpía constantemente por el llanto de ese ser que, de un día para otro, había entrado en mi casa con pleno derecho a todo.

Yo estaba muy enfadado, porque nadie me había pedido permiso para quitarme la mitad de todo lo que tenía.

Y cuando mi hermana Emilia empezó a dar sus primeros pasos de pingüino, mi abuelo, por fin, encontró a quien cuidaría de sus ovejas.

La primera vez que vi a mi abuelo pensé que, más que ovejas, parecía que se dedicara a cuidar leones. Es más, parecía que en cualquier

momento se fuera a convertir en uno.

Quizás mi recuerdo está algo distorsionado por la perspectiva infantil, pero cuando lo vi, no me dio la impresión de que fuera una persona mayor que necesitara que lo cuidáramos, ni una persona que ya no pudiera dar los cuidados necesarios a mi abuela...más bien parecía que pudiera levantar a siete abuelas, con sus ruedas incluidas, con cada brazo.

Lo primero que me dijo, señalando a mi hermana, que iba tambaleándose desde la silla de ruedas de mi abuela hacia los brazos abiertos de mi madre, fue que me había comprado un pingüino muy bonito.

Yo reí y reí. Y desde entonces, sin que lo supiera Santi, él se convirtió en mi mejor amigo.

Bueno... en realidad, ese primer día yo aún estaba un poco receloso con él, a pesar de hacerme reír, y sobre todo, hacerme caso.

Realmente se convirtió en mi mejor amigo cuando un día, esa misma semana, me explicó un cuento, que por cierto, ilos explicaba igual que mi madre! Y al terminar, añadió, como haría siempre al terminar uno: *-Y la vida es como un cuento, nosotros elegimos los personajes, lo que pasa...-* A lo que una voz ronca que provenía del sillón de piel marrón añadió: *-¡Lo que faltaba! ¡Otro con pájaros en la cabeza!*

Y algo así, une a las personas. Mi madre, cuando tenía una niña dentro de la barriga, hizo amigas que también tenían niños y niñas dentro de la barriga. Por eso vi normal que mi abuelo y yo, que los dos teníamos pájaros dentro la cabeza, nos hiciéramos amigos.

Capítulo 4

Capítulo 4. Andares de cervatillo – Parte 2

Yo hacía muchas cosas con mi abuelo, pero de entre todas, lo que más me gustaba era el Juego del Genio. Jugábamos prácticamente todos los sábados.

Nos vestíamos de la forma más extravagante que permitía nuestra imaginación, utilizando todo lo que estaba a nuestro alcance; faldas de mi abuela, el maquillaje de mi madre, las corbatas descoloridas de mi padre...

Mi padre, el saltamontes, siempre decía que no entendía como mi abuelo, a las alturas que estaba de la vida, aún no tuviera sentido del ridículo.

Mi abuelo en cambio decía que, cuando tienes ese sentido, te quedas sin todos los demás. Y que lo más ridículo que podíamos hacer era, precisamente, tener sentido del ridículo.

Una vez mi abuela nos pidió a Emilia y a mí que pintáramos su silla de ruedas y pegáramos dibujos y pegatinas, pues la mujer de un genio no podía tener un aspecto tan serio...Hasta mi madre, poco a poco y sin darse cuenta, empezó a vestir con más color.

Cuando ya estábamos listos, íbamos a casa de un vecino de la urbanización, y cuando se recuperaba del susto tras vernos, le decíamos:

-¿Qué deseo quieres pedir que los genios del pueblo puedan cumplir?

Y cada sábado era una aventura.

Una vez ayudamos a pintar la fachada de una casa y llegamos a casa repletos de gotas de pintura blanca. Lo más complicado fue quitar la pintura del pelo, mi madre estuvo una semana frotándome la cabeza...

También arreglamos todo el jardín de la señora Jiménez (cuando alguien decía Jiménez a secas, todos sabíamos que se refería a la señora Jiménez que se escribe con J, la de las tartas). La señora Jiménez siempre estaba haciendo tartas, y luego se quejaba de que ella sola no se las podía comer todas, y que no estaba bien tirar la comida... así que las repartía entre los vecinos. Algunas tardes de verano se acercaba al Viejo Oeste para darnos tarta de manzana, y nosotros la devorábamos como perros salvajes. Lo lógico, ya que nosotros comíamos la tarta que ella traía, hubiera sido que nosotros le diéramos las gracias y ella respondiera: “- de nada”. Pero curiosamente, cuando terminábamos de comer y nos chupábamos los dedos, ella siempre nos daba las gracias, a lo que respondíamos - *iDe*

nada!

Arreglar el jardín de la señora Jiménez fue una de las mejores partidas del Juego del Genio.

Tardamos cuatro sábados. Teníamos que, primero, limpiarlo todo, arrancar las malas hierbas... luego le hicimos un camino de piedra que iba desde la entrada del jardín hasta la entrada de su casa, plantamos el nuevo césped, y, lo que más me gustaba, las flores.

Mi abuelo decía, mientras trasplantaba un rosal que habíamos robado de nuestro jardín, que los pequeños detalles son cruciales para hacer de cualquier cosa algo auténtico.

Auténtico/a era una de las palabras preferidas de mi abuelo.

Lo último fue poner una manguera muy larga para que la señora Jiménez pudiera regar el césped cómodamente. Pues eso era, en realidad, lo más importante.

Y desde entonces, cada día, al volver del colegio, pasaba por delante de la casa de la señora Jiménez para contemplar durante unos minutos la obra, a pesar de que tenía que girar a la derecha, en vez de a la izquierda, en el cruce donde vi por primera vez al niño sin cartera ni pelota con la camisa de lino blanca.

Una vez, y de nuevo vuelvo a enrollarme, pero creo que esto también es importante...cuando pasé a contemplar el jardín, vi que la señora Jiménez estaba tomando un té y un trocito de tarta con la señora Giménez con G. Y ambas discutían por su apellido, la una decía que el suyo era el correcto y que el otro había sido un erro de ortografía, y la otra decía que eso era impensable, que bien sabido era que el correcto era el suyo.

Esta discusión se prolongó junto con las visitas de la señora Giménez con G a la señora Jiménez. Hasta que un día, que fui con mi abuelo a plantarle tomates cherry, él intervino en la discusión;

-Una vez conocí a una mujer que se apellidaba Himénez, icon H! Y ella decía que su apellido era el auténtico y original, y que la G y la J son errores de transcripción. ¡E investigó mucho para poder demostrar a todo su pueblo que estaba en lo cierto! Pero, pobre mujer, quedó decepcionada al comprobar que los apellidos correctos eran Giménez con G y Jiménez con J, sabiendo así que el suyo era un error de transcripción.

-¡Já! -Exclamó la señora Jiménez- -¡Pero qué tontería! Con H... ¡Eso no tiene ningún sentido!

-¡Himénez con H! -Dijo alarmada la señora Giménez con G -Con G y con J son apellidos reconocidos, pero con H, ¿qué apellido es ese?

Y desde entonces, la señora Giménez con G y la señora Jiménez quedaban para tomar té, comer un trocito de tarta, y criticar a esa mujer que se apellidaba Himénez con H.

Una vez le pregunté a mi abuelo si la historia de la señora Himénez con H era verdad, pero no obtuve ninguna respuesta clara, como la mayoría de veces que le preguntaba algo:

-¿Verdad? No sabría decirte... no lo sé.

-Pero... ¿Cómo no lo sabes? ¿A esa mujer la conociste, o te explicaron la historia? ... ¿O te la inventaste?

-Me la inventé, la recordé, la creé... eso no puedo saberlo hijo...

-Pero, ¿cómo no vas a saberlo? Si no te acuerdas, eso es que te la inventaste. Y si te la inventaste, eso es que es mentira.

-¡Já! Pequeño cervatillo, ¿eso es lo que te enseñan en el colegio? Sabes, yo creo que a veces, cuando inventamos cosas, justo en ese mismo instante las creamos y empiezan a ser verdad. A la vez que, hay veces, que recordamos o vemos cosas, que son mentira.

-...Bueno, pero si ves algo... entonces sabes que es de verdad...

-Entonces, ¿lo que pasa en los sueños, pasa de verdad?

Yo aun no comprendo del todo qué significa la palabra auténtico/a. Pero sé que mi abuelo lo era.

Capítulo 5

Capítulo 5. Andares de elefante – parte 2

Ese día, el día en que lo vi por primera vez, llegué a casa, dejé la cartera en mi cuarto, y, como llevaba haciendo un año atrás, me preparé dos tostadas con mermelada de frambuesa y empecé a comérmelas. Y, a pesar de tener el estómago vacío, como llevaba haciendo un año atrás, las empecé a comer con la desgana con la que cenaba los días que me había atiborrado a tarta de manzana en mi época de cervatillo.

Pero ese día... algo había cambiado.

Mientras me comía las tostadas con mis gestos adultos, y colocándome bien constantemente un reloj imaginario, sentí como si el tiempo hubiera cambiado su ritmo.

Antes de seguir, creo que esto también es importante...

Nuestro jardín era de los más bonitos de toda la urbanización. De tamaño, era de los medianos, pero el más hermoso, sin duda. Yo conocía cada centímetro como la palma de mi mano.

Había un juego que le gustaba mucho a mi abuelo, y en el que también participaba Emilia, aunque yo siempre ganaba.

Él trasplantaba una nueva flor, una que había sacado de otro lugar y que antes no estaba. Y nosotros teníamos que descubrir cuál era la nueva.

Una vez, Emilia y yo no la encontramos...y antes de que nos cansáramos del juego, mi abuelo nos señaló a la nueva bienvenida. Era una pequeña margarita.

Entonces, cuando nos disponíamos a entrar en casa, él me agarró suavemente del brazo señalándome el jardín para que lo mirara, y me dijo con voz de secreto;

-Mira... hijo...este jardín ya no es el mismo donde jugábamos ayer...ahora, es uno nuevo.

Yo sabía que lo decía por la nueva flor, pero no acababa de entenderlo.

Pero, cuando terminé de comerme las tostadas, por primera vez en un año sentí más hambre, y devoré todos los cereales de chocolate de mi hermana.

Quizás, igual que el jardín, yo ya no era el mismo...

¿Por qué ese niño me había llamado tanto la atención?

Mi abuelo, seguramente, hubiera dicho que era por el aura.

El aura esa algo que no se ve, no se escucha, no se toca, no se huele, no se saborea, pero que se percibe.

-Pero abuelo, si no se puede sentir con los ojos, con las orejas, con la piel, con la nariz, ni con la boca...dime, entonces ¿con qué se siente?

Me dijo que no tenía una respuesta para eso. Igual que tampoco sabía con qué órgano del cuerpo se sentía el sentido del ridículo.

Él siempre tenía respuestas de este tipo.

Pues bien, cuando terminé de merendar, me dije que iba a dar un paseo, y salí a buscarlo.

Anduve por toda la urbanización solo evitando dos lugares; el Viejo Oeste, ya que el sonido de las voces de los niños en pleno juego, por algún motivo, me ponían de muy mal humor, y el jardín de la señora Jiménez, no sé por qué.

Pero ni rastro...aunque en el fondo no esperaba encontrarlo...

No sé a través de qué órgano ni de qué tipo de sentido se trata, pero algo me decía que lo vería al día siguiente en el mismo lugar.

Y así fue.

Volvía a casa del colegio. Con la cartera bien colocada sobre los hombros, sin rasguños, sin agujeros en los pantalones. Las mangas perfectamente arremangadas, y todos y cada uno de los botones de la camisa azul, en su sitio. Y, sobre un tierno rostro de doce años... de nuevo, curiosidad.

Salí zumbando del colegio a paso de guepardo en plena cacería, y tal y como ese sentido desconocido había predicho, allí estaba el niño con la camisa de lino blanca, sin pelota ni cartera, mirándome exactamente con la misma expresión de ayer.

Capítulo 6

Capítulo 6. Andares de felino – Parte 1

"-De todo... hay que hacer la digestión, ide todo! La comida no es alimento para nuestro cuerpo antes de digerirla...igual, todo lo que vivimos, podemos convertirlo en alimento para nuestra alma tras su digestión."

Simón Espinosa Ximénez

A esta época la llamo andares de felino. Sigiloso, pero despierto. A la espera de algo.

Cuando él, el niño del aura misteriosa y la camisa de lino blanca, me pregunto, para mi sorpresa, por qué a tan temprana edad andaba con pasos de elefante, yo le contesté que seguramente era porque me encontraba en plena digestión.

Él, creo, entendió mi respuesta y se sintió complacido con ésta. Hacía tiempo que alguien no entendía mis respuestas. También, hacía tiempo que nadie me hacía una pregunta con tanto sentido.

-¿Tú no eres de por aquí, verdad? Nunca te había visto... - le tanteé.

-¿Qué te parece, si, hoy tú me enseñas tu lugar preferido, y mañana yo, te enseño otro maravilloso?

Y sin pensarlo, lo llevé al jardín de mi casa. No me importó que fuera un maleducado que formulaba preguntas antes de responder las que le habían preguntado a él.

-Mira, en la urbanización hay jardines más grandes, y otros con grandes piscinas, como los de las casas de mi amigo Pablo, pero para mí, éste, es el más hermoso. Mi madre dice que ese olivo de allí es más viejo que la casa... ¿Quieres subir? Desde arriba lo ves todo, y no te ven, ivamos!

Estuvimos media tarde subidos en el olivo, brincando de rama a rama tal cual monos, y yo le hablé de la oca de mi madre, de Emilia, de Santi, de Pablo y sus casas...

-¿Y, de qué estás haciendo la digestión?

-Bueno...mi mejor amigo, en realidad, a parte de Santi, era mi abuelo. Él era pastor, y tardó años en venir aquí, cuando yo era muy pequeño,

porque antes de dejar la casa del valle necesitaba asegurarse de encontrar a alguien que cuidara bien de sus ovejas...pero a mí, me abandonó sin más...

-¿Pastor?

-Sí, ya sabes, esos que viven en el campo y cuidan de las ovejas. En realidad, antes de eso, vivieron en diferentes ciudades, él era profesor de no sé qué. De algo que mi padre decía que no servía para nada, pero en cambio, mi abuelo decía que servía para todo. Pero esto fue antes de que yo naciera...Y cuando mi madre dejó de vivir con ellos y se compró esta casa con mi padre, ellos decidieron irse a vivir al valle porque desde allí se veían mejor las estrellas. ¿Y tú, dónde vives?

-Yo también soy pastor, pero no de ovejas...

-¿Entonces, de qué?

-De todo. -Dijo mirando al cielo.

Le acompañé hasta la puerta y quedamos en vernos en la esquina del cruce que lleva a mi casa tras la salida del colegio. Y justo cuando se alejaba por la izquierda, unos pasos de oca se acercaban por mi derecha.

-Hola cariño, ¿quién era esa mujer en silla de ruedas?

-... ¿Mujer...?

-Sí...La he visto de lejos, y... iera hermosa! ¿Es la que ha comprado la casa de los Muñoz? Espero que no...esa casa está maldita...¿Cuántos nuevos vecinos se han mudado desde que estamos aquí?...y todos acaban con alguna desgracia...Bueno, pero me ha dado muy buena impresión, quizás ella rompe la maldición... el sábado iré con Emilia y le llevaremos un flan de queso para darle la bienvenida, ¿te apuntas?

Capítulo 7

Capítulo 7. Andares de felino – Parte 2

-¿El Viejo Oeste? ¿Este es el lugar tan especial que querías mostrarme?

-¿Cómo lo descubriste?

-Lo descubrimos. Mis amigos y yo, digo. La señora G...bueno...ayudando a buscar un gato desaparecido de una vecina de por aquí.

-Ammm... Mira, en realidad, lo que quería mostrarte no es este lugar maravilloso, sino otro que se encuentra allí dentro –Dijo señalando la gigantesca higuera del fondo.

-¿Dentro? ¿Dentro de dónde?

-Aquí...-Dijo mientras nos acercábamos, señalando una abertura que casi partía por la mitad el primer metro de altura de ese imponente árbol.

-¿Pretendes que sirva de merienda a las hormigas rojas? Las hormigas rojas...

-Si pudieras elegir transportarte de repente a un lugar, un lugar cualquiera, y que fuera tuyo, sólo tuyo, dime, ¿cuál elegirías? -Me interrumpió.

-¡Una playa! Adoro el mar. Aquí estamos tan lejos...en la urbanización, digo. Cada verano voy unos días con mis padres y Emilia, y son los mejores días del año, incluso mejor que la navidad. Me encantaría poder ir a la playa en cualquier momento, sí...una playa.

-Pues, es justo lo que hay. Además, hay dos personas que te están esperando. ¡Vamos!

Mi abuelo una vez me dijo que mi hermana Emilia era maravillosa porque siempre preguntaba: “-¿Y por qué no?”. Y Decía que ésa era una gran pregunta.

Entré.

Hasta ahora, todo en esta historia podría pasar por normal...Con esto me refiero, a realista. Pero a partir de aquí, te advierto, las cosas se complican...por eso esta historia no se la puedo explicar a cualquiera. Y, si tu sentido del ridículo, tu sentido de la lógica, o la incondicional confianza a los sentidos de la vista, oído, tacto, gusto, olfato...no te dejan creer en

ella...muy fácil, tómatelo como si te estuviera explicando un sueño...

Entré.

Es difícil explicar cómo sucedió. A medida que me adentraba en el oscuro interior de la higuera, una luz dentro creció hasta cegarme los ojos. Es curioso, pero me hubiera sentido más seguro viéndolo todo negro, que viéndolo todo blanco. Un segundo, dos...y a medida que la luz blanca dejaba de abrasarme los ojos, empecé a sentir la calidez de los rayos del sol aterrizando, después de un viaje de millones y millones de kilómetros, sobre mi piel. Inspiré aire por primera vez desde que la pregunta que hacía maravillosa a mi hermana me había impulsado a entrar a ese nido de hormigas rojas, expiré, y poco a poco fui abriendo de nuevo los ojos, sin saber exactamente si estaba entrando, o saliendo de un sueño.

Y azul. Lo primero que vi fue una inmensidad azul. Una inmensidad descarada que amenazaba a mis sentidos burlándose de mi incompreensión sobre el infinito. Una inmensidad egocéntrica por su aparente serenidad y calma, y a la vez vacilante con su oleaje que, pues ambos sabemos, maneja a su antojo.

Uno, dos, tres... tres segundos mirando la inmensidad azul. Suficiente para sentirte muy pequeño, al principio, hasta comprender que mi admiración hacia ella era ése detalle. El detalle que convierte al mar en algo auténtico. Que lo convierte en algo.

Y después de cuatro segundos, justo lo que tardas en ver el rostro completo de alguien que te ha mirado directamente a los ojos, vi la playa.

La arena blanca parecía que jugara a imitar a las dunas del desierto, fina como el pelo de mi madre, blanca como el de mi abuelo.

Había rocas concentradas igual que los grupos de amigos en el patio del colegio. Unas enormes y redondeadas, otras más pequeñas, otras punzantes, y otras que salían del agua y que solo mostraban una pequeña parte de ellas. Sí, igual que los amigos del colegio.

También había árboles...no palmeras como las que dibujaríamos si tuviéramos que hacer un dibujo de una playa, solo un árbol gigantesco y algunas moreras descontroladas.

Y algo verdaderamente curioso e inusual para una playa; estatuas.

Éstas se distribuían por la playa quizás también como mis amigos en el patio del colegio, pero el primer día...cuando aún no nos conocemos del todo y los grupos no están hechos; respetando el espacio de la

desconfianza pero con la cercanía de la curiosidad.

Las estatuas eran de mármol, o de algo parecido, y estaban por toda la mitad exterior de la playa. La primera en la que me fijé, por ser la de mayor tamaño, fue la de mi abuelo.

Entonces, acelerado, empecé a fijarme en todas. Mi hermana, Santi, mi madre, mi abuela María, ¿iRuben Gaspar!? ...¿Qué hacía allí una estatua de Rubén Gaspar? El niño que en primero de primaria me robó el trabajo final de sociales y me lo devolvió en el Viejo Oeste, en forma de confeti, después de sufrir un injusto "no presentado".

-Hay estatuas de todo el mundo...no puedes sacarlas de aquí, eso no se puede hacer. Lo que sí se puede, por ahora...es ignorarla, si ésta no te gusta... -Dijo el niño con la camisa de lino blanca, como si me hubiera leído el pensamiento.

Se me había olvidado que estaba aquí.

-Este niño me robó un trabajo justo antes de presentarlo, y lo destruyó. Por su culpa casi suspendo sociales, y yo no le había hecho nada...

-Pobrecito...Aun así, aquí tiene un lugar.

-¿Pobrecito, yo, no? ¿ Y aquí donde? ¿Dónde estamos?

-Este lugar es tuyo...yo he venido sólo a enseñarte a entrar, pero es tuyo.

-¿Qué...? Pero...a ver...estoy dentro de un árbol, con un niño que según mi madre es una señora hermosa en silla de ruedas...y... ¿Cómo puede haber una playa dentro de un árbol? Hay madre.... ¡hay madre!

- ...

-Vale... ¿Me estoy volviendo loco, es eso, no?

-¿Qué quieres decir con loco?

-Los locos son personas que viven en mundos irreales...Como por ejemplo; yo. Yo estoy loco, y por eso estoy en un lugar irreal con un niño imaginario...

-¿Imaginario? ¿No decías que tu madre ayer me vio marchándome de tu casa?

-¡No a ti! Ella vio a una mujer en silla de ruedas, y se piensa que es la nueva propietaria de la casa que tenemos casi en frente. ¡Mañana le

Llevará un flan!

-¡Me encantan los flanes! ¿Entonces, ella...también está loca?

-Uno de los dos...sí. Y desde que he entrado aquí a través de un árbol, creo, bueno, sé, que el loco soy yo...

-¿Quieres irte, entonces?

-Por favor...

Y de repente, vi como el niño sin cartera ni pelota y con la camisa de lino blanca se dirigía hasta introducirse de nuevo en la grieta del gran árbol...Y lo seguí.

Una vez fuera, en el Viejo Oeste, el pastor de las estrellas, siempre con su cálida y desconcertante sonrisa, inclinó ligeramente la cabeza a modo de despedida y se marchó, andando recto hacia el bordillo de la acera, y torciendo hacia la izquierda.

Y justo por el otro lado, aparecía Raúl, un niño que siempre había sido muy bueno en educación física, pero el resto de asignaturas...mejor no hablar. Pero eso daba igual...porque Raúl era el único de mi clase que ya se afeitaba y tenía novia. Lo que no sé es si las dos cosas juntas eran por casualidad, o si lo uno por lo otro o lo otro por lo uno.

-¿Ese hombre era tu padre? ¡Parecía un boxeador! ¿Cómo se llama, Hercúles?

- ...No...

Capítulo 8

Capítulo 8. Andares de cabra

-¿Y por qué no?

Emilia Martín Espinosa

Cuando te crees que estás loco, como una cabra, ya todo te da igual.

Así que, cuando esa noche, cenando los cuatro, mi madre me preguntó qué había hecho, yo le respondí que había quedado con un niño que cada persona veía de una manera diferente y que a través de la grieta de la gigantesca higuera del Viejo Oeste habíamos entrado a una playa paradisíaca donde había figuras de todas las personas del mundo...y supongo que animales incluidos, porque recordaba haber visto los tres gatos de la señora Giménez con G.

Mi madre me miró preocupada. Mi hermana, divertida. Y mi padre, indiferente. Y, como siempre hacía mi madre cuando algo no le cuadraba, me tocó la frente.

-No mamá...no estoy delirando por la fiebre...estoy delirando...porque estoy loco, sin fiebre. -Dije con la risa de cuando ya todo te da igual

Y...aprovechando la adrenalina del momento, vacilé a mi padre:

-Pero, ¿sabes? creo que tú estás más loco que yo...yo por lo menos me he librado del sentido del ridículo. Pero tú...seguro que si traigo al niño que cada persona ve como algo diferente, iseguro que tú no verías nada!

-¡Tomás! -Me gritó mi madre

-¿Y yo? ¿Qué crees que vería yo? ¡Ay ay, yo quiero conocerlo! -Exclamó mi hermana

-¡Se acabó!

Mi abuelo decía que las ocas cuando se enfadan tienen muy mal genio.

-¡Iros todos a dormir! y mañana...mañana tu y yo hablaremos... -amenazó la oca mirándome fijamente.

Mi hermana me besó la mejilla y se fue brincando a su habitación. Y mi padre se levantó exactamente igual que siempre, llenó medio vaso de algo

que parecía agua pero que en realidad no lo era, y se sentó en su sillón de piel marrón.

La conversación con mi madre al día siguiente fue bien; ella me dijo que sabía que yo estaba entrando en una edad complicada...yo respondí que cualquier edad puede ser complicada...ella me recordó lo que me quería y que podía contar con ella...yo le dije que lo sabía, y que también la quería...luego me dijo que mi padre también me quería...y yo respondí que a su manera...después me dijo que comiera bien y de nuevo me tocó la frente, y yo le besé la mejilla, le confesé que me iba a buscar al pastor de las estrellas para entrar de nuevo en la higuera, y me giré rápidamente para evitar ver su mirada preocupada.

Y...cuando llegué al Viejo Oeste... ¡lo sabía! De nuevo ese sentido desconocido de origen también desconocido que poco tiene que envidiar a la mítica bola de cristal.

Allí estaba, subido en una rama de las de más arriba de la higuera. Y, por tercera vez, me miró con la grata sorpresa de verme llegar antes de tiempo.

-*¿Vamos?* – Le pregunté, señalando la abertura del árbol

-*¿Ya no crees que estás loco?*

-*Más que nunca!* –grité. O menos...- pensé

Y entramos de nuevo.

Capítulo 9

Capítulo 9. Andares de felino – Parte 3

Su estatua era la más grande. La de mi abuelo, digo, el pastor de ovejas. Creo que esto ya te lo había dicho.

-¿Sabes? me quedó una pregunta por hacerle...una pregunta importante.

-Pues pregúntaselo.

-¿Quiénes son esas personas que decías que querían conocerme? – Pregunté ignorando su último comentario.

Y entonces lo vi. Lejos, de espaldas, sentado en una roca muy próxima a la orilla. Camisa de lino blanca, y pelo, bailando con el viento, aún más blanco, si cabe, que la camisa.

-Ab...ab...abuelo...

Y...vuelvo a decepcionarte. No, no era él.

Lo llamé a voces mientras me dirigía hacia él andando rápido, o tal vez corriendo, pero cuando me encontré a corta distancia, él respondió a mi llamada girándose y entonces pude verle el rostro. Y me quedé más paralizado que cualquiera de las estatuas de mármol, o de algo parecido. Paralizado, sí, de decepción.

Y no sé cuantos segundos permanecí así, ni en qué momento una lágrima, por primera vez en un año, brotaba desde lo más profundo de mi interior precipitándose por mi rostro y retornando así, de nuevo, a la inmensidad azul.

-¿Por qué lloras?

-Porque echo de menos a mi abuelo...y cuando te vi de espaldas, pensaba que eras él...

-¡Ah! Si....Recuerdo que mal lo pasé...El primer año...el primer año fue muy duro. Recuerdo que estaba enfadado, muy enfadado. ¡Él había tardado casi seis años en conocerme porque no encontraba a nadie decente que cuidara de sus ovejas! Y a mí, me abandonó en seis meses! Cuando nos dejó mi abuela me dijo que él pronto se reuniría con ella, pues ellos tenían que estar juntos. Y... ¡seis meses!

Yo estaba furioso con él, por eso...bueno...empecé a convertirme en un tipo de persona que...yo sabía que eso, estuviera donde estuviera, le

dolería.

Pero... ¿sabes? Lo mejor de las cosas extrañas que decía el abuelo es que, a pesar de que en el momento te desconcertaban y no se entendían, con el tiempo cada vez cobran más sentido...Y, bueno, ¿recuerdas lo de la digestión, no? Pues tras el primer año, cuando ya estaba terminando esa pesada digestión, dejé de estar tan enfadado, y los siguientes meses estuve solo triste...Y luego...-Y sonrió y me alborotó el pelo.

-¿Tu...tu eres yo?

-¡Jaj! ¿No ves cómo me enrolló? ¡Es evidente! Eso no conseguí cambiarlo jamás.

-¡Jaj! Si... ¿he viajado en el tiempo?

-No...No. ¿Ves este lugar hermoso? Yo vivo aquí con un cervatillo que es un torbellino.

-¿Pero, qué es este lugar? ¿Existe de verdad?

-¿Qué quieres decir con, de verdad?

-¡Ay no, no! ¡No me vengas ahora con la mujer que se apellidaba Himénez con H y preguntándome si los sueños son reales porque los vemos y oímos!

-¡Jaj! Sí, si existe. Yo vivo aquí, siempre estoy aquí, y siempre estaré aquí. Si entras y no me ves no significa que me haya ido...no. Solo que no siempre estoy en esta roca. A veces me estoy dando un baño, otras estoy en la barca, otras....bueno, eso. Y, cada vez que quieras hablar conmigo, solo tienes que venir aquí.

-¿Tú puedes decirme cosas acerca del futuro?

-No exactamente... ¿nunca has sentido que sabías algo, pero sin saber cómo lo sabías...?

-¡Sí! Ese sentido extraño que viene de un org...aaaaah. ¿Eres tú?

-Algunos lo llaman instinto...a ese sentido extraño. Bueno, piensa...yo ya he vivido todo lo que a ti te queda por vivir.

-¿Entonces, si te pregunto cualquier cosa sobre mi futuro, me la dirás?

-¡Jaj! No...Pero, si vienes más a visitarme y pasamos tiempo juntos,

sentirás mucho más ese sentido extraño. Y ahora, ves a casa, y vuelve mañana, que tienes que conocer a alguien más.

Capítulo 10

Capítulo 10. Andares de payaso

-¡Tomás! ¿A dónde te crees que vas con tanta prisa? Hoy es el cumpleaños de tu hermana...

-Pero mamá... ¡Son las nueve! La comida es a las dos...

-¡Tenemos que prepararlo todo! Tienes que acercarte a casa de Isabel a buscar unas sillas que nos faltan. Y ayudarme a hinchar estos globos y a decorar el jardín.

-¡Pero no me habías dicho nada!

-Tomás...sabes cómo fue el cumpleaños pasado de tu hermana...acababa de pasar todo...estábamos todos muy tristes...me prometí que este cumpleaños sería perfecto.

-Está bien...pero... ¿puedo invitar a un amigo?

-Santi vendrá como cada año

-No, no, otro. Uno nuevo

-mmmm...sí, claro. ¿Por qué no?

Será muy divertido – pensé – A ver qué pasa cuando todo el mundo lo vea diferente....

De camino a casa de Isabel, una amiga de mi madre que vivía a dos manzanas, pasé por el Viejo Oeste en busca de una camisa de lino blanca, pero no lo vi. De regreso, esta vez cargado con tres sillas plegables de madera, volví a pasar, y tampoco.

Después de dejar las sillas en mi casa y de hinchar cuatro globos, dije a mi madre que iba a buscar a mi nuevo amigo. *-¿Cómo se llama?* – Me preguntó, y respondí con un portazo. Volví a pasar por el Viejo Oeste, y ni rastro...ni en la esquina del cruce que lleva a mi casa, ni el jardín de la señora Jiménez.

El cumpleaños aconteció como quería mi madre; perfecto. Excepto que... Mónica, una amiga de mi hermana, vino al cumpleaños con la cabeza infectada de piojos, y a las semanas siguientes tenía a mi madre de nuevo frotándome la cabeza, esta vez con vinagre...pero esto es otra historia.

Cuando empezaron a repartirle los regalos a mi hermana me percaté que no le había preparado nada. Y mis piernas ya se encaminaban hacia mi habitación cuando empecé a pensar que era el momento, después de un año, de volver a disfrazarme de genio.

¡Ah! Fue fantástico. Me puse unos pantalones azules muy rotos de cuando era cervatillo, que además de rotos por todas partes, me iban cortos, bastante cortos. Luego, un calcetín marrón largo de mi padre, y otro no tan largo, de color rosa, de mi hermana. Y unos zapatos viejos de mi padre con estrellas pintadas que tenía guardados de otras partidas del Juego del Genio. Y arriba, por primera vez, sin camiseta. Me pinté con un rotulador negro unos falsos abdominales, simulando los de Raúl, un niño de mi clase que ya tenía novia, y me puse una pajarita verde que había sido de mi abuelo.

Cuando bajé al jardín, todos me miraron perplejos.

La única que tenía una media sonrisa en el rostro era Emilia. El resto...Pero, de repente, apareció Santi por detrás, igual disfrazado, pues me había visto y se había encerrado en el baño de arriba, haciendo un buen apaño con un camisón y pinturas de mi madre.

Y entonces, la gente empezó a reír.

El ridículo no es tan ridículo cuando lo compartes, se ve.

Hicimos el payaso toda la tarde. Eso se nos daba bien.

Las amigas de mi hermana reían y reían con nosotros. Al único que no le hacía gracia era a mi padre, por eso del sentido del ridículo, supongo.

-Gracias... - Le dije a Santi, cuando nos quedamos a solas.

-¿Gracias por qué? Sabes que a mí también me gusta hacer el indio

Esa tarde le expliqué todo a mi amigo Santi. Mi digestión, la aparición del niño de la camisa de lino blanca que todo el mundo veía diferente, la higuera, la playa...

Él me miró entre desconcertado y divertido, y me pregunto todo tipo de detalles. Santi siempre quería saber los detalles de todo.

-¿Y por eso has estado tan raro últimamente?

-Sí, supongo. Mira, sé que piensas que me estoy volviendo loco, yo, si tú me explicaras esto, desde luego lo pensaría. No espero ni pretendo que

me creas.

Lo llevé a la higuera, y lo único que conseguimos al intentar entrar por la abertura fue llenarnos de hormigas rojas.

-Las hormigas rojas...

-Santi. – Le interrumpí- Te prometo que es verdad.

-Vale...bueno, yo no es que te crea, pero no pienso tampoco que me estés mintiendo, tú nunca mientes. Quizás... quizás te dio un corte de digestión! Mi padre tenía un amigo que tenía un amigo que una vez le dio un corte de digestión y tubo alucinaciones.

-No ha sido un corte de digestión... Y la digestión de la que yo te hablaba, con eso me refería a asimilar la pérdida de mi abuela y de mi abuelo en un mismo año, y de repente.

-Ya, ya, eso lo he entendido. Pero Tomás, todo lo demás...no sé...es muy fantasioso. Y ya tenemos doce años...

-Sí, y yo soy diez días mayor que tú, por si se te había olvidado. Pero...mira, da igual, seguramente, lo he soñado, hay sueños que son muy realistas. Sólo por curiosidad, si tú pudieras hablar con tu yo de mayor, ¿qué le preguntarías?

-Si he sido feliz, supongo.

Pasamos el resto de la tarde juntos y vimos el anochecer en el Viejo Oeste hablando de todo y nada. Y, tras despedirnos con unas palmadas en la espalda que sustituían el fuerte abrazo que realmente nos nacía, deposité toda mi esperanza de volver a ver al pastor de las estrellas en la esquina del cruce que lleva a mi casa.

Nada.

Capítulo 11

Capítulo 11. Andares de felino – Parte 4

Él no podía desaparecer así como así, no podía.

Me dirigí hacia la higuera y volví a entrar.

Vi por primera vez su estatua. Los dos pastores, uno al lado del otro. No recordaba haberla visto el otro día.

Al fondo, el hombre del pelo blanco andaba por la orilla con un niño de la mano, entre pingüino y cervatillo, elevándolo ligeramente cada vez que una ola amenazaba con llegarle a la cintura. Ambos reían, despreocupados, como si ignoraran la rareza de aquel lugar, y completamente seguros de su existencia.

Cuando ellos me vieron, allí plantado con los pies ligeramente desviados hacia afuera, mirándolos con una mezcla de curiosidad, miedo y anhelo, igual que como miré a mi abuelo la primera vez que lo vi pensando que en cualquier momento se convertiría en un león, me saludaron ambos elevando el brazo derecho, como si me esperaran, y el niño siguió jugando en la orilla. Estaba demasiado alejado de mí para ver claramente su rostro, pero aun así sabía exactamente cómo era, lo había visto en los interminables álbumes de fotografías de mi infancia.

Y por la arena blanca se me acercó, a paso de caballo al paso, un hombre con la camisa aún más blanca que la arena, y el pelo aún más blanco que la camisa.

-¿Tú sabes dónde está? -Dije sin saludar, casi con malos modales.

-¿Dónde está quién? -Respondió con una inadecuada expresión divertida

-El niño. El niño de la camisa de lino blanca...Bueno, tú no sé cómo lo verás...es que cada persona lo ve diferente, aunque tú eres yo...deberías verlo igual. Bueno, el que me enseñó este lugar, ¿sabes dónde está?

-¡Ah! Sí, claro... iven!

Y me llevó hacia su estatua.

-Aquí -Dijo señalándola - *¡Siempre fue una de mis preferidas!*- Añadió

-¡No! No...Digo el de verdad.

-Él vino para enseñarte a entrar a este lugar. Y te ha dejado esto, esta preciosa estatua, como tú las llamas. Así, siempre que quieras, podrás sentarte a su lado, sentir su compañía, incluso conversar con él. Pero mientras, él tiene que cuidar también del resto de sus estrellas, ¿comprendes?

-Ya, sí, claro. Que me abandona...

-Lo contrario, Tomás.

-Dime, tú que lo sabes todo. ¿Por qué todo el mundo lo veía diferente?

-Bueno...eso es algo muy natural en las personas...ver lo que necesitas o quieres ver...o ver el reflejo de uno mismo en los demás. ¿Recuerdas cuando mamá habló con la madre de Rubén Gaspar? Ella decía que todos los niños hacían las mismas cosas que su hijo...y aseguraba haberte visto peleándote cuando, en realidad, tú nunca te habías peleado con nadie...Pero ella no mentía, ¿sabes? Ella te vio en más de una ocasión peleándote...

-Ya...Sí. Mira, esto lo puedo entender. Pero, una cosa es que distorsionemos la manera de ser de los demás y los veamos como nosotros somos o queremos o lo que sea, pero el cuerpo siempre es el mismo. A él yo lo veía como un niño unos años menor que yo, mi madre como una hermosa mujer en silla de ruedas, y Raúl como un hombre alto y corpulento... ¿eso cómo puede ser?

-Lo único que vemos igual todos, en las personas, es la cáscara, ¿no?

-Si...digámoslo así.

-Pues bien. El pastor de las estrellas, digamos que no tenía cáscara.

Luego me explicó más cosas sobre las estatuas. Él insistía en que debía hablar con ellas... lo que me faltaba! Y después, me hablo del niño.

-Sí...no hace falta que me lo digas. También soy yo, pero de niño. Es evidente. Pero...hablar contigo entiendo que me pueda ayudar, pues tú has vivido todo lo que yo tengo que vivir...pero, ¿hablar con ese niño de cuatro años, dime, qué me va aportar? Él no ha vivido nada aún, no sabe nada, ¿qué voy a aprender de él?

-¡Jaj! Por eso mismo, él te ayudará incluso más que yo. Pues, con él no vas a aprender nada... ¡él te ayudará a desaprender!

-¿Desaprender?

-Sí. Desaprender.

-Ayer se lo expliqué todo a Santi, todo esto. Y me dijo que seguramente me había dado un corte de digestión.

-¡Jajaja!-Me sobresaltó con una sonora carcajada. -¡Esa sí que es buena! ¿Sabes? Santi es un gran amigo, una gran persona... ¡Y un fenómeno!

Capítulo 12

Capítulo 12. Andares de caballo

Mi abuelo decía que los andares más bonitos que había visto nunca eran los de los caballos. La elegancia del paso, la vivacidad del trote, y la fortaleza del galope.

Al día siguiente mi vida siguió absolutamente normal, una vida normal de un chico de doce años, trece, catorce, quince...

Mi cuerpo cambió, me salió pelo en lugares donde nunca lo había habido, mi espalda se ensanchó, mis piernas se alargaron, y mis andares cambiaban según el día, pero siempre firmes. A veces al paso, otras al trote, y en ocasiones al galope. Y de nuevo, al paso...

Pedí salir a la chica que más me gustaba, y me dijo que no. Pedí salir a la segunda chica que más me gustaba, y me dijo también que no. Luego pedí salir a una tercera chica. Ésta me dijo que sí, pero enseguida me di cuenta que realmente no me gustaba, y al día siguiente lo dejamos, porque yo tampoco le gustaba a ella, se ve.

Mi madre se hizo muy amiga de la nueva vecina que se mudó con sus dos hijas a la vieja casa maldita de los Muñoz, y por lo visto, se rompió la maldición. Mi madre dice que la rompieron al pintar la casa de azul, pues la maldición no estaba dentro de las paredes, sino en su color.

Yo nunca he creído en estas cosas, al revés que mi madre, que nunca ha pasado por debajo de una escalera, y si se le cruza un gato negro, se pone como loca a buscar un trébol de cuatro hojas para contrarrestar la suerte y así, quedarse como estaba.

Yo no entiendo la lógica del asunto... ¿Cómo el hecho de encontrar un trébol de cuatro hojas te puede traer buena suerte, cómo? Pero bueno, tampoco entiendo la ley de la gravedad, y aun así no voy flotando por ahí...así que, tampoco me atrevo a pensar que sea una completa tontería, pues quizás el hecho de que eso se haya pensado desde hace más de dos mil años crea una especie de fuerza que no podemos ver, oír, saborear, oler, tocar, pero que nos afecta de algún modo y nos acaba trayendo buena suerte.

Así que, aunque no crea del todo en estas cosas, cuando tenga mi propia casa la pintaré de azul, por si acaso...

Mi hermana se enamoró de Santi, muchas chicas estaban enamoradas de mi amigo Santi. Pero él decía que no a todas. Que no a salir, me refiero. Sólo diría que sí una vez en su vida, que yo sepa, años después, a un músico llamado Javier que conoció en la universidad.

En la urbanización todos se escandalizaron, y cada uno daba una explicación; que en realidad no eran más que buenos amigos, que si estaba confundido por los tiempos que corrían... Yo creo, simplemente, que a Santi le daban igual las cáscaras.

Y mi padre...mi padre veía la vida pasar en su sillón de piel marrón.

Finalicé el bachillerato con buenas notas. No buenísimas, pero buenas. Y fue entonces cuando pensé en volver a entrar. Pues no sabía qué camino seguir. Mi madre, en el fondo, quería que fuera médico. Ella admiraba mucho a los médicos por cómo habían ayudado a mi abuela con la enfermedad que tenía en los músculos. Y yo es algo que sé que a mi abuelo le hubiera gustado, pues él decía: *-El verdadero conocimiento se encuentra de piel para dentro.* Y los médicos estudian lo de dentro, ¿no? Pero, había muchas cosas más de piel para dentro, aún más adentro, que me gustaban.

Entonces pensé en él, en el hombre del pelo blanco que confundí con mi abuelo. Pensé que podría ayudarme a tomar la decisión, si es que todo eso era real.

Una de dos. O ese lugar existía de verdad, o me había dado otro corte de digestión. Y, por su puesto, me miró como si me esperara y me hubiera visto antes de tiempo.

-¡Tomás! ¡Qué alegría verte! ¡Qué mayor estás!

-Gracias, y tu...

-¡Jaj!

-No sé...no sé qué hacer con mi vida, la verdad...

-Ammmm....sí, es un momento complicado... has hecho bien en venir aquí, él podrá ayudarte.

-¿Él?

-Sí, él. -Dijo señalando al niño, que jugaba con una enorme pelota roja cerca del agua.

-No...No. Yo vengo a hablar contigo, pues tú has vivido todo...

-Yo soy tu instinto -Me interrumpió. -Pero ahora...ahora te iría mejor hablar con él...

-¿Y él, entonces, qué es?

-¿Que qué es? ¡Él es tu esencia! Pero comprende que es un niño...primero tendrás que jugar con él y hacerte su amigo...

Me dirigí hacia al niño, al paso.

Y para mi sorpresa, pues los niños de esa edad siempre te sorprenden con algo que no te esperas, lo primero que me dijo, cuando me presenté, fue que quería que le contara un cuento, *-¡Pero déjame que yo también diga cosas!* -Añadió, dejando bien claras desde el principio las condiciones del juego.

Recordé entonces que la manera que tenían mi abuelo y mi madre de explicarme los cuentos en realidad había sido una imposición mía.

Por ejemplo, si me explicaban que un niño se había perdido en el bosque, decían:

-Y se encontró...

-¡Espera! ¡Ahora lo diré yo! ¡Ahora déjame decir con qué se encontró!

-¡Jaj! Vale hijo... Y se encontró con un...con un... ¿lobo? ¿Búho? ...¡dime!

-¡Con Doraemon!

Capítulo 13

Capítulo 13. El primer paso

Y al día siguiente siguió mi vida normal, la vida de un escritor de dieciocho años, diecinueve, veinte...

Iba a visitarlos a menudo. Ya no era necesario ir hasta la gigante higuera del Viejo Oeste, bastaba con cerrar los ojos y dejar que me acosaran los pensamientos. A veces hablaba con el anciano, otras jugaba con el niño, explicábamos cuentos, otras jugábamos los tres...A veces iba, los saludaba, y estaba allí un rato, en la playa, sentado, tranquilo. Cada vez que iba era diferente, solo había una cosa que siempre pasaba igual, solo una, y es que cuando entraba ellos me miraban así, ya sabes cómo, como si me estuvieran esperando y yo llegara antes de tiempo, siempre me miraban de ese modo.

Y así, justo así, es como yo miré a Alicia la primera vez que la vi. Lo sé porque ella me lo dijo años después, la primera vez que, a quien si no a ella, expliqué esta historia.

Con el tiempo aprendí a hablar con las estatuas. Es curioso, fui incapaz durante años de hablar con mi padre, de hablar de algo importante, me refiero. Pero, hablando con su estatua, que es con la que más hablé, llegué a entender el motivo de su sed y cansancio. Sin darme cuenta y por inercia, no recuerdo cuando, empecé a hablar con él, el de carne y hueso, y no sé a ciencia cierta cuál de los dos fue, si el de piel o el de mármol o algo parecido al mármol, el que me explicó que antes de ser un saltamontes anduvo como elefante, también.

Y con la estatua de mi abuelo...bueno, en realidad sólo hablé una vez. Sólo me hizo falta hacerle una pregunta, la pregunta que me quedaba por hacerle, para saber que era él, el de verdad, el que estaba y el que estaría siempre allí dentro.

-¿Por qué tú, que siempre has conocido a las personas por su manera de andar, te enamoraste precisamente de la abuela, que desde muy joven se vio enclaustrada en una silla de ruedas?

-¡Jaj! ¿Y esa es la pregunta que tanto te ha quitado el sueño? Hijo....es evidente, que me enamoré de ella, ipor su manera de andar!